

Ángel Rupérez

RÍO ETERNO

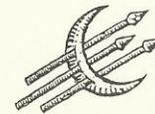
CALAMBUR

(Poesía, 66, MADRID,  
2006)



ÁNGEL RUPÉREZ

*Río eterno*



CALAMBUR

MADRID, 2006

*Poesía, 66*

A Claudio Rodríguez,  
siempre en la memoria.

EN EL CRISTAL

*A Amparo*

Me asalta la luz y digo: la poesía vuelve.  
Escribo un nombre en el cristal: no dura.  
Pongo una fecha: testimonio de duración,  
larga distancia, un letrero, un incendio.  
Pero no dura aunque la luz sí dure.  
Todavía otoñal, el lucero rastrea la existencia  
con el farol en la mano para dotarnos  
de dignidad, una excelsa creencia y certidumbre.  
Si existo, existiréis en vuestras manchas  
y en vuestros alientos frágiles sobre cristales.  
No desaparecerán las fechas, los fieles testimonios,  
la vitalidad de vuestras promesas infantiles.  
En el escritorio perduraréis, en la infancia también.  
En la mirada abierta que detecta el mundo,  
sábana de resplandor extendido como una antorcha  
que acrecienta su luz sobre el papel que espera  
( el cuaderno espera, arderá lo que escriba).  
Y si veis que me apago, no me apago.  
Más allá perduro, más allá fuljo igualmente.  
En tu aliento estoy, en el cristal escribo,  
tu nombre, mi nombre: salvación, luz.

## EXISTENCIAS SUPREMAS

Abandonado al silencio de esa navegación  
—nubes incendiadas, sol que decide el rumbo—  
pongo una rúbrica también silenciosa  
en esa combustión de azares que señalan  
certezas como cuadros regalados por Dios.  
En las hojas había sensaciones de otoño  
como pinceles cansados, agotados cimientos  
de una vida que ignoraba qué hacer,  
si resignarse y seguir el camino marcado  
o si alzar un deseo de no acabar jamás.  
Por mi parte, decidí incorporarme, fijar  
el rumbo de las nubes ardientes, seguir  
su trayectoria, ser norte, controlar su destino.  
No sucumbí al humo del cansancio  
ni me asigné recuerdos de impaciente quietud.  
Decidí ser siervo, enarbolar bondades  
conocidas, viejas aficiones, antiguas noblezas.  
Ser notario, esclavo del devenir, austero  
confidente, precario anotador de circunstancias.  
Cielos, nubes, incendios, humaredas,  
pertenencias del ser que fragua certidumbres.  
¿Qué más hacer? Solamente esperar,  
aguardar obras mayores, existencias supremas  
como abrazos que anuncian supremas emociones.

## DESLUMBRAMIENTOS

¿A quién alumbras? Tan lejano y tan breve,  
¿tu brillo es la llama que he deseado siempre?  
Hacia allá me encamino, hacia allí me dirijo,  
repleto de memorias, repleto de fulgores  
y brasas enhebradas y fogatas y teas  
y de otoños e inviernos, suma total de una vida tan breve.  
¿Qué alumbras entonces? ¿Finitud destapada  
al comprender que tú también te extingués  
y sólo dejas recuerdos fugitivos, apenas un destello  
de foco o faro que deslumbra y agota?  
¿O estás aquí porque tiene que estar la existencia  
en silencio, devanada y alegre, ofrecimiento puro,  
pura partida hacia destinos desconocidos  
después de haber dejado señales de acogida  
en casas creadas por los fuegos de invierno?  
Abrir y cerrar los ojos, asombro y extinción,  
fuego y apagamiento, resplandor y ceniza,  
y resolución interior, introspección, mirada,  
existencia ofrecida, saber decir adiós,  
no lamentarse, todo ha sido un sueño, así he sido feliz.

## LA CASA SERENADA

A Francisco Brines

Si apagamos la luz, el tiempo vuelve.  
La casa se serena y retorna la vida  
acarreando memorias inmortales.  
Si nos callamos, se oye afuera la débil  
luz del tiempo y dentro el crepitar del fuego.  
Si acercas el oído, los crujidos  
agigantan la vida y oyes el universo  
entero reducido a una chispa  
que las manos sujetan, y el humo  
dulcifica la pretensión sombría  
de no ser nada en el tiempo.  
Si hueles, el humo acrecienta la vastedad  
del aire y las manos calientes se refugian  
en la vista que persigue humaredas  
y la felicidad no sabe lo que ha sido  
o será, y el tiempo no hace caso.  
Si miras, la ventana te conduce  
hacia un gran horizonte milagroso  
de calles que vuelven al origen  
(la misma mirada que las hizo nacer).  
La casa serenada vuelve al cielo  
y de allí saca su mesa y sus enseres,  
su renacido fuego y su especial calor.

Si preguntas, comprobarás que nadie  
se ha ausentado, el sol reaparece,  
hay uvas en la parra, una brisa se cuele,  
en la hamaca se mece el tiempo favorable  
y brilla entre las cosas el fulgor de septiembre.  
Si vuelves a mirar, tendrá lugar la salvación  
de todos los que hemos regresado allí  
para vivir lo que entonces vivimos,  
por un momento al menos.  
La casa serenada nos acoge,  
la mirada nos salva y se oye el corazón.

DESDE ESTA ORILLA OSCURA

*A Antonio García Berrio*

Desde esta orilla oscura, acostumbrados al muelle  
desde donde zarpan barcos que nos dejan  
en nuestra tierra sola, saludo tu fortuna  
y siembro mi presente de esos fuegos fugaces  
que en las nubes encienden perdidas ilusiones.  
Pero ilusiones firmes, austeros carruajes invisibles  
que traen a viajeros dispuestos a quedarse  
por tan poco alimento y tan severo aire.  
¿Son regalos o engaños? La vida cree que son  
dones, presentes enviados por amigos lejanos,  
y así los considera y guarda en sus arcones.  
Pero, a veces, la desdicha imagina  
en horas bajas que hay trampa tras los dones  
porque son cíclicos e iguales, acostumbrados  
seres, o porque apenas duran nada y son  
mortales, como las nubes de hoy, o como  
la luz impresa en sus alas fugaces.  
Entonces se consuela y acude al calendario  
para encontrar certezas, repetidas cosechas  
que duran mientras el pensamiento calla  
y la memoria enciende sus fechas silenciosas.  
Fechas, certezas, certidumbres: días iguales,

resurrecciones, deslumbramientos, intimidad,  
secretos, una dirección fija, un gran alimento.  
Para vivir y para morir, una tranquila morada.

## EL GRIS DE HOY

Se han callado hoy todos los árboles excepto uno  
—¿por qué?— que aún proclama su último esplendor.  
¿Por cuánto tiempo? ¿Cuándo callará él también?  
Algo quiere la memoria urdir con todo esto,  
algo desea descubrir hoy que ya supo entonces  
pero le cuesta hilar cabos o establecer puentes  
y aun con todo se esfuerza y ve silencios  
parecidos en una calle que quiere volver a recorrer.  
¿Allí estamos un día como hoy? ¿Aquí estamos?  
¿Se cruzan los caminos? ¿Se cruzan las memorias?  
¿Se cruzan nuestros trenes en direcciones opuestas:  
hacia el futuro, hacia el pasado, hacia ayer y hoy  
hermanados y descubiertos como ciudades idénticas?  
¿Idénticas acacias, parecido y silencioso gris,  
idénticas hojas arrumbadas en esa soledad?  
¿Sabías entonces que llegarías hasta aquí,  
un día de diciembre como hoy, para hacer balances?  
Hazlos entonces, aprende a hacerlos: mide el tiempo  
y la vida, sopésala, y calcula pérdidas y ganancias.  
Pon número a la vida y la muerte y decide  
quién ganará la partida y clavará banderas victoriosas.  
Sopesa el gris de hoy y las hojas de hoy.  
Recuerda: ayer pusiste cifras y han fructificado.

## VOCES

Si escuchas atentamente oyes voces, y si miras  
ves presencias rescatadas a lo largo del tiempo.  
Tal vez no sepa dónde esté exactamente  
ni tampoco reconozca con exactitud ni el mes ni el año  
(ni el día, ni la hora, ni los claros segundos fugitivos).  
Pero allí estoy y aquí estoy, en encrucijadas  
e intersecciones de caminos que parecen compensar  
la tardanza de la vida en dejar sus mensajes  
a las almas más necesitadas de alguna claridad.

Las voces clarifican la densidad del tiempo  
y disipan la niebla que es la ciega memoria.  
Si callas oyes voces; si miras ves presencias  
de silenciosas vidas rescatadas de entonces.  
Voces reconciliadas: un posible silencio, un rumor  
de ramajes, las gotas de la lluvia, un sendero  
infantil, un mensaje adecuado, ni siquiera la música.  
Únicamente sonos de lejana estación  
que vuelven a repetir acordes luminosos  
que equivalen a pisadas sobre bosques sombríos  
cuando caen las hojas y la vida florece.

## EL CAMINO CONOCIDO

### I

El pájaro cantor saluda al mundo  
y el elevado chopo siente despacio el sol.  
La senda conocida fue ayer desconocida  
o muy lejos la infancia fue abriendo derroteros  
que una vez celebré y más tarde deshice.  
Pero eso fue lejos, en memorias alegres  
que fue enterrando el tiempo con su prisa.

Tardé en reconocer lo que era mío  
y había conquistado mientras duraba la vida.  
No sé por qué fue así, ocurrió pronto.  
Desheredé mi casa, desalojé mi estancia,  
me fijé en el invierno, las heladas  
se hicieron consecuencia seguras  
del viento soñador, duras presencias.

Se hicieron los paseos expediciones largas,  
otoñales cimientos de una huida segura.  
No quería vivir, o habitaba lejos  
de mi mejor destino, y las noches caían  
sobre pinos dormidos que querían morir.

Todo acabó, nunca más hubo voces  
de nocturnas vigilias que sugerían  
fantasías adultas y amor grande a la vida.  
Dejé ferroviarios sueños, infinitos raíles,  
trenes que se acercaban en las dos direcciones  
antes de estar nosotros en el andén dispuestos  
a emprender nuestro viaje, el más prolongado viaje  
de la vida de entonces, de la vida de ahora.

Pero el sol que deja hoy su leyenda en los chopos  
abre otra vez senderos recorridos entonces  
y el pájaro enreda su mensaje  
en las hojas y el claro cielo azul  
avanza por conocidas sendas  
cuyo destino luce como el sol que deslumbra.

### II

Si hacemos lo de entonces, hoy también ganaremos.  
Está llegando el tren, coge ahora los bártulos,  
descorre las cortinas y desempaña el cristal  
con limpias manos de impaciencia infantil.  
No ha dicho aún el tiempo sus peores sentencias.  
Limítate a viajar, con los ojos explora  
la infinitud radiante de los pinos que nacen  
y vuelven a nacer, y también las colinas

y el horizonte vasto, limpio aún de recuerdos  
(han sembrado los campos, las semillas prometen).

Así volverá el tiempo y te encontrará  
feliz junto a tu suerte sin dolida memoria,  
y cogerás el tren y otra vez viajarás,  
y encontrarás aquí lo que aquí abandonaste,  
tu preferido invierno, tu mejor baluarte.

## EN EL SILENCIO

En el silencio comprenderemos la soledad desconocida  
con una imagen que se ha repetido y se repetirá:  
sopla el viento en las zarzas y derrama ensoñaciones  
vagabundas que al final ignoran su destino.  
Me pregunto quiénes serán los pájaros que trinan;  
mi impresión es que lloran, o que no tienen  
casa, o que llaman a alguien solicitando ayuda,  
o que no pueden volar o tienen miedo a hacerlo.  
Es tan débil su voz que parece que mueren  
cada vez que se quejan sin ninguna esperanza.

Y, de repente, mientras me orienta la linterna  
que arroja muy escasa luz sobre este manantial,  
parece que creo comprender este alboroto  
de vagos y silenciosos carruajes del recuerdo,  
como conatos de asombro y entusiasmo  
y un mentís a todas mis cavilaciones quejumbrosas.  
El viento ayuda y quiere progresar  
como una música y su lenguaje expresa novedades  
secretas y sus mecimientos son dulzuras  
y compases, las renovadas melodías de la vida.

La impresión es entonces la de cambiar  
los mojones y cancelar las brújulas:  
este camino es bueno, llegaremos un día,

y este marzo severo, como de pardo erial  
confundido con incomprensibles oraciones,  
pronostica recuerdos, es memoria encantada  
y dará nuevos frutos, nos hará florecer.

#### MÁS ALLÁ DE ESTA HORA

Si el día te concede un cielo único, ¿qué harás  
con él? ¿Únicamente mirar el tinte rojizo  
de las nubes para proclamar un callado  
entusiasmo y alabar así la creación?  
Ha sido un gran valor superior a la vida  
que se ha agotado pronto, y en su brevedad,  
como siempre, ha habido un lugar para la muerte.  
¿Qué hacer? ¿Con qué resignarse?  
¿Con los latidos mismos del corazón?  
¿Con la propia imagen en sí misma,  
el recuerdo instantáneo del cielo avasallado  
por el tinte de fuego de las nubes viajeras?  
¿Qué hacer? ¿Adónde llegaré con lo que tengo?  
¿Qué lugar será ese? Una cierta prisa surge  
como necesidad de sujetar el entusiasmo  
a la sólida constancia de un objeto cercano  
(el cuenco de las flores puede ser suficiente).  
Si el tinte color fuego de las nubes ha huido,  
¿dónde encontrarlo? ¿En qué aspiración?  
¿En qué secreto íntimo? ¿En qué certidumbre  
que aplaque la ansiedad de querer sujetar  
el fuego consumido, un resplandor tan alto?  
¿En qué reducto íntimo que se resigne  
a casi no ser nada y a carecer de todo  
después de haber ganado todo y serlo todo?

Fugaz exaltación y fugaz alegría,  
repentino asombro convertido en hoguera  
de cálidas costumbres, tal vez horno casero  
cuya chapa arde como cielo abrasado,  
¿dónde encontrarte más allá de esta hora?

NOS VAMOS APAGANDO

*A Joan Lindgren*

Alguien debe de mirar por la ventana y anota y calla,  
y su silencio parece regresar en esta mañana de calles  
solitarias y apenas transeúntes y desvanecidas sombras.  
Un silencio de invernadero, como de pasos quedos  
que temen despertar a los niños que duermen.  
Un lugar olvidado que es necesario encontrar,  
un silencio de silenciosa calle sin habitantes,  
una fuente que sigilosamente regresa a su costumbre.

El tiempo parece detenido, congelado, una intersección  
de rutas y caminos, de caminantes y peregrinos,  
y entonces se entrecruzan los aromas de cera derretida  
y de llamas esparcidas de pequeños cirios de Navidad.  
Olor a iglesia en penumbra, a madera vieja,  
a minutos de esfera de reloj luminosa en lo alto  
de una torre, con esa luz de lámpara cansada  
que ilumina horas idénticas que tal vez beberemos.

La luz de esa linterna puede servir: ilumina el desván,  
ése es el sendero, el camino de ida y vuelta,  
nuestra intersección y reencuentro, tu rostro  
y el mío, reencontrados, juntos, justificados  
por la misma misión: caminamos a tientas,

necesitamos luz, dónde encontrarla, dónde robarla,  
esta luz puede servir, esta luz de tarde que agoniza  
y nos envía a las calles donde no había nadie  
y a la ventana donde tal vez estuviera mi madre.

## LAS VOCES DE LOS NIÑOS

*A Nacho y a Miguel,  
la misma infancia.*

He vivido las voces de los niños sin querer.  
Me he dejado llevar por la paz de la tarde  
y han surgido las voces como agua de un manantial sereno.  
He llegado hasta allí, he bebido,  
he examinado la sed de quienes esperaban  
y he dicho que regresaba a mi lugar lejano.  
No comprendían bien, nadie se va tan lejos.  
¿A dónde? ¿A dónde? Había bebido y había oído.  
La calle estaba igual, la tarde estaba en calma,  
y la luz se posaba con igual equilibrio que ahora mismo.  
De eso se trataba, de saber que era igual,  
no sólo el agua, no sólo las voces, sino la luz  
también del mismo tiempo dividido en dos.  
Abril igual pero la existencia distinta: niños alborotados  
y adultos que ven en el tiempo manantiales  
para beber el agua que han perdido hace mucho.  
De ahí el milagro y la alegría y la sorpresa,  
y beber la misma luz de abril en vasos distintos,  
con manos distintas que dicen: sálvame, recógeme.

## TRES VECES

*Uno*

Concentrado en la vida, no tenía recuerdos.  
El renacer primaveral me absorbió  
con sus rachas de viento y con su límpida  
luz impresa otra vez en las nacientes hojas.  
La alegría me atrajo a lo que era,  
una especie de paz reconquistada  
sin el más mínimo esfuerzo, una felicidad  
callada que apenas se esforzaba en durar y duraba.  
No quise saber más de ese momento  
con el fin de olvidarme de mí mismo.  
No saber más excepto esa presencia  
luminosa de la mañana de abril  
con esculpida luz y viento silencioso.

*Dos*

Aguantaba el calor y la lluvia  
y no me quejaba nunca y soportaba miradas  
y sobrellevaba lámparas cuando me llegaba el sueño  
y no hacía preguntas sobre cualquier vigilante  
que a altas horas prosiguiera sin dormir sus oraciones.

Conocía el tiempo, dejaba de tener miedo  
a ese enemigo que deja tanta luz  
en primavera y tanta crepitación en el otoño.  
No tenía miedo al fin, convivía con la noche,  
era dueño del sigilo, poseía el silencio  
y hacía obras de invisible factura  
que colmaban mis deseos de ser alguien sin mí,  
un pobre que reconoce que ha ganado la vida.

*Tres*

El placer era mirar, sólo mirar.  
Cruzaban los espacios, el cielo estaba gris,  
las nubes se movían lentamente.  
Me detuve, miré, dejé que me absorbieran,  
no quise preguntar, no quise saber más.  
Era la vida, un lado de la vida.  
Saberlo me colmó por un instante.  
Podría regresar, regresaría todo.  
Esa era la vida, esa era mi suerte:  
permanecer fijo en los umbrales eternos.

PERMANECER EN EL SER

El invierno quiere preservar todas sus luces,  
sus ramas yertas, sus desnudos suspiros,  
sus grises melodías o sus luminosas antorchas.  
Lo noto ahora, en este día, balanza de febrero,  
sol al mediodía, y por las tarde nubes errantes  
que filtran la luz o la aman reteniéndola.  
El viento no estropea nada ni apaga bendiciones.  
Está, se oye, pasa, gime, restalla,  
se detiene en la hiedra, remueve su ropaje,  
pero no dice nada que cueste recordarlo  
(una herida, un páramo, una hoguera apagada).  
La luz pule los ventanales, saca brillo a la tarde,  
cristaliza en incendios que son para cualquiera.  
A la calle la absorbe y después la abandona  
con sus telas mejores, sus candiles fulgentes.  
Al cielo le fortifica en sus nubes ardientes  
que acomodan su paso a todas las visiones.  
¿Por qué debe morir? ¿Quién decide su muerte?

## ESAS AVES

Esas aves que han cruzado el cielo —cuatro,  
o cinco, de color negro, lentas y decididas—,  
¿a dónde iban? ¿Lo sabes tú, septiembre?  
He preguntado, he abierto las agendas,  
he consultado fechas, memorias, calendarios  
y no ha habido respuesta: únicamente ignorancia  
y asombro, desconocimiento e ilusión,  
y un reguero de persecución de ajenas pistas  
dejadas en los senderos transitados por las aves.

Pero ya no ves nada, por mucho que te asomes  
y te estires hacia fuera ya no ves nada, únicamente  
estelas en el aire calmado y un cielo azul  
pálido y un desdibujada y aletargada luna.  
Entonces, ¿qué hacer? ¿Abandonar estelas?  
¿Renunciar al camino? ¿Dejarse dominar  
por desalientos y enclaustrar la existencia  
en las conocidas cárceles de los recalcitrantes soñadores?

Bajo ningún concepto el vuelo significaba  
desgracia, (no, no), sino, en todo caso, alejamiento deseado,  
rauda visita, sigilosa vibración cercana  
de anhelos legítimos, búsquedas silenciosas,  
hombres que también buscan, tú y yo

que también buscamos, amaneceres  
que destierran paisajes desolados, muertes seguras.

Alzo otra vez la vista, persigo esas andanzas,  
las traigo hacia mí, las copas de los árboles,  
la acoplada danza de las hojas, el amarilleo incipiente,  
la persistencia, la persistencia, lo siempre conocido,  
lo que he visto siempre, lo días que se repiten,  
asombros, cimientos, monotonías, novedades,  
sencillamente tesoros y regalos de la mera existencia.

EN LA BIBLIOTECA

*(Colegio de Trinitarios, Alcalá de Henares)*

Mientras espero y veo cómo por la ventana  
se hace fuerte el invierno —transparencias del aire,  
incandescencias fulgurantes de una luz cenital,  
restallantes banderas donde el viento se ceba—,  
de entre los libros surgen secuencias armoniosas  
que son premeditados renacimientos y homenajes.  
Altas bóvedas aquí, estudios monacales no olvidados,  
alto aliento invernal, prometedor febrero de frutos  
que algún día se recogerán en poemas futuros,  
todos los poemas de los poetas cuyos libros  
he venido a buscar aquí, lejos de sus países,  
tan lejos sus muertes de la felicidad que fue arte  
y de la poesía que fue alta cima de la existencia.

Alturas monacales de Trinitarios en febrero  
encumbrado, el sol anunciador de la poesía  
que se refugiaba aquí, Eliot en Cape Ann,  
tan lejos de Londres; Yeats en Cape Martin,  
tan lejos de Irlanda; Edward Thomas en Arras,  
tan lejos de Essex y Alcalá no lejos  
de todos ellos, la poesía tal vez en el mástil  
de las banderas soleadas de febrero que anuncia  
una encrucijada de encuentros tal día como hoy.

Su muerte no es la muerte y lo sabemos.  
Abre un volumen, compruébalo, copia  
en el cuaderno poemas necesarios  
y entrégaselos al invierno que te mira  
por la ventana y necesita ese arte  
para completar sus banderas prodigiosas  
que restallan al viento pletórico de luz.

Entrégaselos, dáselos y que resucite  
la mirada de Yeats junto a este ventanal  
o la de Eliot al lado de esta lámpara  
o la de Thomas, la más triste de todas,  
poco antes de morir (se iban las cigüeñas).  
Y que Inglaterra los acompañe hasta Alcalá,  
ciudad de su peregrinación, vivos  
en los estandartes del invierno, vivos  
en mi memoria, vivos en las alas de las cigüeñas  
que ahora celebran este sol de febrero.

## VISITACIONES

(*La Cartuja y San Pedro Cardeña, Burgos*)

*A Cristina y Philip*

Campanas de la oración (no de las horas), último sol  
que saca de las piedras puros charcos dorados,  
minuciosa mirada que se posa y chupa néctar  
de luz, canto gregoriano al atardecer,  
o polen transportado después en vuelos íntimos,  
oído que absorbe los sonidos  
—ornitólogo, ayúdame, pon nombre a ese canto,  
distingue ese chillido, descríbeme a su autor.

La fuente echa agua en la sombra  
sobre un estanque mudo cubierto de verdín  
(antigua piscina, qué infalible memoria).  
Para captar la noche y no dejarla ir, me acerco  
hasta la puerta donde los monjes cierran  
sus costumbres a los ojos ajenos, y desde allí  
veo los faros encendidos del coche, antiguo tren,  
viejo compartimento, viajes, viajes, viajes,  
súbito resplandor, súbitas llamaradas, súbita alma.

Vuelta a casa después en gran silencio  
y restos a lo lejos del sol adormecido  
como franja de sanguínea frontera

con azules ribetes en donde está la luna,  
hoy una perfecta curva pensativa y ligera,  
una suspensa armonía infantil que cuelga  
de unos hilos de invisible guiñol fabulador.

Hubiera querido parar pero no he querido hacerlo.  
Parar para poder mirar y juntar campanas  
y monasterio, sol dorado y encinas, silencio  
y oración, canto gregoriano y religiosa cumbre,  
reverente respeto y noche saturada de canciones,  
agitada memoria y frontera de luces del ocaso  
que une a su adobe la luna que irradia plenitud  
y orgullosa conciencia, un saber ligado a la belleza.

Todo eso juntar y a la vez seguir siempre adelante,  
encontrar un motivo para no parar nunca  
y dejar siempre atrás la cumbre azarosa, el alto galardón,  
el tiempo que se encumbra a un instante glorioso,  
esta luna de ensueño que es inútil que vuelva  
porque el coche se adentra en su más larga noche.

## MUERTE DE JESÚS

Esta mañana, sin saber por qué, inadvertidamente,  
mientras transcurría sin alma la Semana Santa  
y me fijaba de refilón en la luz de este día  
todavía invernal —ser y no ser de finales de marzo—,  
he sentido de pronto una emoción imprecisa,  
un impulso ciego, una necesidad de apego a no he sabido qué.  
Semana Santa, los Evangelios, Johan Sebastian Bach,  
la pasión según San Mateo, Passolini, interiores  
de iglesias, rezos, procesiones, crucifixión, espanto.  
El huerto de Getsemaní, madrugada, frío sudor,  
soledad, miedo a morir, preparación para la muerte.  
Humano, demasiado humano, ahora lo sé, la escena  
clave de todas estas fechas, pero cómo vivirla  
otra vez para no dejarle solo, pobre hombre solo,  
hijo de Dios abandonado a su suerte, rezar y venga a rezar  
para nada, para sufrir y morir, y luego, sin dejar huella,  
resucitar y ascender a los cielos celestiales anubarrados  
hoy, Madrid, en qué cielo estás, cómo es tu reino,  
Jesús hombre, Jesús abandonado por el padre.

Semana Santa, lavan los pies a los peregrinos  
con jarras de plata y se los secan con paños inmaculados.  
¿Qué ciudad? Burgos tal vez, o más lejos aún,  
soriano San Leonardo con los peldaños de la iglesia  
agujereados, demasiado carcomidos, frío interior,

sacristía de enormes muebles —cómodas— con cajones  
donde guardan la ropa y el misterio de la ropa.  
Pero, sobre todo, tiempo viejo en tiempo nuevo,  
copos de nieve entre la luz renovada de marzo,  
emoción fronteriza entre multitudes de épocas  
acarreadas por casualidad, trabajo de la mañana,  
nubes viajeras, geranios ya en flor, árboles aún  
no florecidos, vientos fríos de la sierra sobre Madrid,  
mis quebraderos de cabeza, mis tribulaciones  
insustanciales al lado del sufrimiento de este hombre.

Jesús, perdóname, he desbarrado, me he alejado  
de ti, de tus pies lacerados, de la cruz sobrehumana,  
de tu padecimiento, pobre hombre solo que Dios abandonó  
como te abandonaron Pedro el cobarde y los suyos cobardes.  
Perdóname, no quería ofenderte, te he recordado, he estado  
junto a ti, te he abandonado, yo también discípulo cobarde.  
Perdóname por lo que he hecho pero sé que te amo.

RÍO ETERNO  
(Claudio Rodríguez)

*A Clara*

En una foto antigua un joven se inclina pensativo  
sobre el río e imagina soñador lejanos horizontes.  
El puente que le observa considera el momento  
y le sugiere compasión y le pide que no olvide  
el camino que tendrá que recorrer y le suplica  
atención y cuidado cuando sus pasos se oigan  
en la ciudad y se sepa que se va y se aleja.

El puente es largo y también lo será el viaje.  
No muy lejos hay casas que ignoran el instante  
y donde todo es cálido y la acogida es limpia.  
La mesa puesta favorece anhelos de quedarse  
puesto que el tiempo no es lóbrego confín  
ni degrada la ilusión de alzar contra él serenos baluartes.

No sabe el joven que la hospitalidad ama al río  
y su mirada revela exclusivas pasiones,  
deseos volcados en la infinitud anhelada,  
caminos que esperan y desafíos que vendrán.  
La ciudad queda lejos, está casi perdida.  
La infancia solicita reencuentros lejanos.  
El puente insiste: «Ten compasión, deben tus pasos

cuidar de las esencias, te lloraré si faltas».  
Pero el joven necesita determinación y huida.

Nada mejor que el río para marcharse lejos.  
Los ríos nos conducen a lejanos confines.  
Concentra su pensamiento en el día y la hora.  
Preparar el viaje, los senderos conocidos,  
el destino lejos y no volver, no volver.  
Llora el puente que lo observa y se lo hace saber.  
La ciudad lo ignora y se muestra indiferente.  
Y, sin embargo, hay ciudad en el joven  
y tras de él las calles consolidan rumores  
y palpitan a sus espaldas enseñanzas familiares.

El muro mismo sobre el que apoya el pie  
es ciudad y lamenta su decisión y espera su regreso.  
Por el muro pasan pasos de juventud y se oyen.  
El joven los atiende y se inclina ante ellos  
y pronostica que ese legado es firme herencia.  
Para alejarse necesita memoria, bártulos repletos  
de conocimiento, multitud de recuerdos, posesiones  
ligeras, amor a la orientación, mapas sutiles,  
poner nombre a las calles y enumerar los árboles  
y hasta reconocer olores que traen fragancias viejas.

Se riza el agua con el ligero viento y las olas  
depositan espuma junto al muro y el joven

anhela esos cimientos que se deshacen y quieren  
rehacerse ante la vista para segregarse esencias.  
«Compañía, te cojo con la mano y acaricio mi cara,  
humildad, arrobamiento, el agua me consuela.  
El ligero oleaje es declaración de movimiento  
acompañado por el tiempo que dicta secuencias  
de pulcritud humana, juventud, limpios deseos.  
La otra orilla me acerca al horizonte abarcable  
pero más lejos las lomas me saludan  
para coronar mi anhelo de elevación y cumbre».

No había dicho nada el cielo y ahora lo hace:  
«Sigo tu íntimo devenir y me acoplo a tu alma  
y venero tus exigencias de sobriedad y altura.  
Azul, adivino tu pesar y enciendo tu alegría.  
Seguiré tu huida y atenderé tu dolor».

Llora el puente y a las lomas les sugiere  
prudencia para que colmen los anhelos  
y dibujen territorios más cercanos de unidad  
y presencia junto al río que navega y huye.  
«Permanece, quédate, te esperan en tu casa,  
también la hospitalidad te aguarda en tu ciudad».

La mirada se pierde porque encuentra senderos.  
El río facilita la huida, las olas cantan  
rumores que chocan contra el muro y el joven

humedece su rostro con sus lágrimas recientes.  
El viento sopla y los álamos se encienden  
de natural creencia: «Espérame y sígueme».

El muro prosigue interminable y el río no se agota.  
La infinitud seduce su mirada y el puente llora.  
Los pasos acrecientan su ritmo y laten cerca.  
Las estrellas descienden con su fuego apacible.  
Los llanos ostentan sembraduras pletóricas.  
Los cielos se acostumbran a ser casa cercana.  
Los pinares seducen con sus corros maestros  
y las encinas chorrean claridad y dominio.

La poesía dice: «La huida soy yo y te amo».  
Ha emprendido el viaje, la ciudad queda lejos.  
Rumor de río, oleaje tranquilo, riberas seductoras,  
espuma para los labios, mirada que perdura.  
La mano en la mejilla, los latidos del muro,  
la juventud que en el río construye su morada.  
No volveré y el puente llora y yo te espero.

## INDICE

*Río eterno*

I

## MIRADAS

EN EL CRISTAL . . . . .	11
EXISTENCIAS SUPREMAS . . . . .	12
DESLUMBRAMIENTOS . . . . .	13
LA MEMORIA . . . . .	14
PENSATIVAS CONQUISTAS . . . . .	15
LA ETERNIDAD SEGURA . . . . .	16
LA CASA SERENADA . . . . .	18
DESDE ESTA ORILLA OSCURA . . . . .	20
EL GRIS DE HOY . . . . .	22
VOCES . . . . .	23
LAS TEJAS DESGASTADAS . . . . .	24
EL CAMINO CONOCIDO . . . . .	26
EN EL SILENCIO . . . . .	29
MÁS ALLÁ DE ESTA HORA . . . . .	31
EL SER DESCONOCIDO . . . . .	33
NOS VAMOS APAGANDO . . . . .	34
EL PÁJARO AQUEL . . . . .	36
NUESTRA SEÑAL DE LA CRUZ . . . . .	37
COBIJO ETERNO . . . . .	38
VUELO FIRME . . . . .	39